

LA ILUSTRACION CATOLICA



PRECIOS DE SUSCRICION

	Península.	Extranjero.
Tres meses.....	16 reales.	» »
Seis meses.....	30 »	11 francos.
Un año.....	60 »	21 »

Número suelto real y medio.

PROPIETARIO

JOSÉ AMALIO MUÑOZ

ADMINISTRACION: Calle de la Villa, número 4.

PRECIOS DE SUSCRICION

	Semestre.	Un año.
Cuba y Puerto-Rico.....	2 1/2 pesos.	4 pesos.
Filipinas, Méjico y Rio de la Plata.....	3 1/2 »	6 »
En los demás estados de América fijan los precios los señores Agentes.		

ÉPOCA 2.^a—Año II.



BIBLIOTECA MUNICIPAL MADRID

Madrid 28 de Noviembre de 1878

NÚMERO 20

SUMARIO

TEXTO. Nuestros grabados por A.—Revista de la semana, por Ovidio.—La Virgen Santísima y el arte cristiano, por don Manuel P. Villamil.—En el álbum de Dolores Barzanallana, por D. V. Barrantes.—Restos del acueducto de Mérida, llamados los Milagros de Albarregas.—La España que se va, por D. Gabino Tejado.—El Castillo de terciopelo, novela por Paul Feval, traduccion de Doña Balbina Antúnez.—Soneto, por D. Adelardo L. de Ayala.—La cuerda de ahorcado.—Miscelánea.

GRABADOS. Retrato del Ilmo. Sr. D. Cesáreo Rodrigo y Rodríguez, Obispo de Orense.—Restos del acueducto de Mérida, llamados Milagros de Albarregas.—Torre de Santo Tomé (Toledo).

NUESTROS GRABADOS

Ilmo. Sr. D. Cesáreo Rodrigo y Rodríguez.

Nació este ilustre Prelado el 25 de Febrero de 1819 en el pueblo de Coculina, provincia de Búrgos, manifestando desde sus primeros años vocacion por la Iglesia. Despues de haber estudiado latin y humanidades, ingresó en el Seminario conciliar de Búrgos, donde cursó todas las asignaturas de filosofía y teología con tal aprovechamiento, que en los siete años que empleó en estos estudios, alcanzó constantemente y sin excepcion la nota de sobresaliente. En 1840 se recibió de bachiller en Sagrada teología en la universidad de Valladolid, y cuatro años despues se ordenó de presbítero.

En recompensa del acierto con que desempeñó su primer curato, se le confirió en 1846 uno de los beneficios de Villahan. En 1848, á propuesta del abad de Lerma, y despues de brillantes oposiciones en concurso general, nombróle S. M. Vicario perpetuo de Villamayor de los Montes; mas como le moviese deseo vehemente de trabajar por la instruccion, que consideraba raíz del bien, solicitó la cátedra de Lógica y Metafísica del Seminario de Búrgos, obteniéndola por oposicion en Octubre de 1849, y permutándola en 1852 por la de Lugares teológicos, y más tarde por la de Instituciones de la misma facultad. Miéntras con singular acierto desempeñaba el ministerio de la enseñanza y se graduaba en Toledo de licenciado y doctor en Sagrada ciencia y desempeñaba el cargo de vicerector del Seminario, asumia tambien el cargo de Examinador sinodal, y demostraba su rectitud y capacidad como juez secretario del concurso general á los curatos vacantes del arzobispado.

Era en aquella sazón obispo de Oviedo el hoy Eminentísimo Cardenal Moreno, primado de las Españas: comprendiendo éste los méritos del ilustre profesor y queriendo utilizarlos en su diócesis,

le nombró Secretario de cámara, y más tarde canónigo de la Santa Iglesia Catedral; cargo y dignidad que le otorgó despues en Valladolid cuando pasó á gobernar aquella Metrópoli. En los tres viajes que hizo el Prelado á la capital del mundo católico, llevó en su compañía al Sr. Rodríguez, ya como secretario, ya como teólogo consultor. Su Santidad le nombró Camarero de honor en 1862,

recibiendo en Roma grandes testimonios de estimacion por los trabajos con que auxilió las tareas del Concilio Vaticano, sosteniendo la fama de los teólogos españoles.

Fué gobernador eclesiástico del arzobispado de Valladolid en ausencia del cardenal Moreno, gobernando la diócesis con aprobacion universal.

Por fin, en 6 de Setiembre de 1875, fué presen-



ILMO. SR. DR. D. CESÁREO RODRIGO Y RODRIGUEZ, OBISPO DE ORENSE

tado para la Sede episcopal de Orense, y preconizado en el consistorio de 23 del mismo mes. El cabillo, que estimaba en alto grado sus cualidades y sus prendas de carácter, le regaló un precioso anillo, yendo á felicitarle corporativamente por su merecida elevación. En 6 de Febrero de 1876, fué consagrado en la Real iglesia de Madrid por el Eminentísimo Cardenal Arzobispo de Toledo.

Torre de Santo Tomé en Toledo—Levantóse este notable monumento de la arquitectura hispano-árabe á principios del siglo XIV y á expensas de D. Gonzalo Ruiz, caballero toledano de ilustre linaje, que dejó su nombre impreso en otras muchas obras construidas por este tiempo en la ciudad imperial.

El grabado revela el carácter de su arquitectura, expresion genuina de los dias de la decadencia árabe, cuando el arte rico y exuberante de las orillas del Darro se desnudaba de sus vestiduras orientales para tomar las formas severas y majestuosas de los monumentos cristianos. La Torre de Santo Tomé es un ejemplar en este sentido, muy curioso y digno de estudiarse: en ella el ornato es escaso, algo descuidada la ejecución, robustos los muros y destituida de los estucos que cubren las fábricas árabes de los siglos anteriores; es el arte que representa el triunfo de la sociedad cristiana y española sobre la mahometana y oriental; la página de la Reconquista que recuerda los combates de las Navas y del Salado.

No se sabe á punto fijo quién fué el arquitecto que levantó esta torre, si fué cristiano ó moro; pero fueron tantos los muzarabes, formados en la escuela de los sarracenos, que construyeron en los reinos cristianos monumentos de este género, que bien puede atribuirse á ellos el que nos ocupa, trazado con arreglo al estilo árabe-cristiano de la Reconquista. La Torre de Santo Tomé es entre estos monumentos el más arábigo por la traza y disposición de sus ventanas lobuladas, de sus frisos y archivoltas, y de sus restos de la ornamentación primitiva, que ha devorado el tiempo.

El viajero que visite las calles de Toledo, debe ir á ver á Santo Tomé, en la seguridad de hallar en su torre motivos de estudio para apreciar en su justo valor la influencia del arte árabe en el cristiano, y el carácter peculiar de la arquitectura muzárabe, en los monumentos toledanos.

Restos del acueducto de Mérida, llamados los Milagros de Albarregas. (Véase el artículo *El Acueducto de Mérida*.)

REVISTA DE LA SEMANA

La musa dramática del Sr. Sanchez de Castro, que desde el *Hermenegildo* dormitaba, se acaba de despertar vigorosa con una producción que responde á las grandes esperanzas que habia hecho concebir este poeta á sus amigos y á los inteligentes.

El *Theudis*, drama en tres actos, representado en uno de los dias de la última semana en el teatro Español, merece por muchos conceptos el marcadísimo favor con que ha sido acogido por el público y por la crítica.

La concepción de la obra es atrevida: ella sola revela un escritor de grandes alientos. El asunto es terrible, como que el drama concluye con un paricidio; pero la crudeza del hecho, envuelta en los majestuosos pliegues de la musa trágica, produce lástima y terror, pero no horror y repugnancia. La entonación es casi siempre valiente, y sobre todo dramática. Es lástima que quien posee la preciosa cualidad de herir siempre que quiere las fibras íntimas de la situación, se deje arrastrar de cuando en cuando por la manía del lirismo. Verdad es, que el Sr. Sanchez de Castro puede autorizar su procedimiento con el ejemplo de casi todos nuestros grandes escritores, que aún por eso mismo son llamados generalmente poetas dramáticos. Es cierto que esta tendencia lírica parece inherente al genio español, que no encuentra que la música esté fuera de su lugar, ni aún en las situaciones más angustiosas y apremiantes; pero á nosotros nos parecerá siempre un defecto de arte que un personaje vibre con una mano el puñal y con la otra pulse la lira. Cada género tiene sus exigencias, y un drama será

tanto más perfecto, cuanto menos deje ver el artificio y la preocupación del aplauso.

Las décimas del primer acto, admirablemente entonadas por el primer actor Sr. Calvo, nos parecen un poco fuera de la situación. Son indudablemente bellas, conceptuosas, de una factura nada vulgar, pero de oportunidad dudosa. Quizá el señor Sanchez de Castro pretenda que, por el contrario, ellas son las que plantean el pensamiento, lo que pudiera llamarse el problema del drama. ¿Está bien seguro el Sr. Sanchez de Castro de que no se ha dejado arrastrar un poco en este punto de la moda corriente? ¿Le parece que la situación de Eurico es, como la de Segismundo en *La vida es sueño*, susceptible de desarrollar una tesis filosófica acerca del libre albedrío y de la Providencia? El drama de Calderon es una especie de poema fantástico apropiado á los vuelos de la lírica. Segismundo no es un personaje de la vida real: colocado fuera del comercio humano, debía lógicamente pensar y sentir de distinta manera que los demás hombres. La virginidad y hasta la singularidad de sus impresiones se explica por lo extraordinario de su situación. Por el contrario, ningún hombre en la situación de Eurico se pone á filosofar acerca del libre albedrío. La pasión, cuando es grande, no se pica de razonadora ni abre cátedra de metafísica en los corazones de que se apodera. Por otra parte, aún admitido el punto de vista del señor Sanchez de Castro, nos parece problemático que el drama diga lo que él ha querido que dijese. Un crítico le acusa de fatalista, y es seguramente un defecto en la obra el que no aparezca esta acusación enteramente desnuda de fundamento.

Hacemos estas ligeras observaciones no muy seguros de andar acertados, porque no es fácil formar juicio sólido de una obra que se oye una sola vez á actores en su mayor parte poco peritos en el arte del bien decir.

Aunque nuestras indicaciones sonáran á crítica, á un escritor como el Sr. Sanchez de Castro se le puede quitar algo dejándole todavía rico. No somos aficionados á las sutiles disquisiciones que hoy están en uso, porque abrigamos la idea de que sólo sirven para cortar los vuelos del ingenio; pero no habiendo podido formar juicios, hemos debido dar cuenta al menos de nuestras impresiones.

Segun éstas, nunca está mejor el Sr. Sanchez de Castro que, cuando arrastrado por la situación, se olvida de su tesis y responde á las imperiosas exigencias de la pasión del momento. Las escenas más capitales son las que trata mejor, signo evidente de vigoroso númen dramático. El diálogo es entonces vivo, la palabra cortante, el acento apasionado y dotado de la terrible concisión con que se manifiestan siempre las grandes tempestades del ánimo.

El público aplaudió calurosamente el *Theudis*. En el tercer acto decayó un poco el entusiasmo. ¿Fué por culpa del autor? No lo creemos.

En el Senado se ha tratado la cuestión de los títulos nuevos por un título antiguo. Aseguró éste que en los últimos tiempos se han dado 220 títulos nobiliarios y 10 grandezas. Tenemos, pues, el blason de España recientemente ilustrado con 220 nuevos condes y marqueses. No es mucho, por la sencilla razón de que pudiera ser más. Aquí cada revolución triunfante se empeña en rehacer la historia, poniendo encima lo que está debajo.

En las repúblicas hispano-americanas, todos los ciudadanos son generales; aquí, además, todos son condes y marqueses, ó por lo menos pueden serlo, hasta tal punto, que en la tumba del hombre modesto podría ponerse esta inscripción tomada de un epigrama muy conocido. *Aquí yace D. Fulano de Tal, que no fué nada, ni siquiera Duque.*

Para demostrar que el mundo progresa, basta con establecer esta diferencia entre los siglos pasados y el siglo presente.

Aquellos fueron los siglos del honor, y este es el siglo de los honores.

OVIDIO.

LA VIRGEN SANTISIMA Y EL ARTE CRISTIANO

Apuntes para un libro sobre la influencia del Catolicismo en el Arte

III

BELLEZA FÍSICA Y MORAL DE LA VIRGEN SANTISIMA

Dedúcese de la doctrina ántes expuesta, que Dios, en todas sus obras, ha distribuido la belleza en proporcion de la bondad, y que segun el plan de la creación, la mejor de las criaturas debía ser la más bella de todas. Ahora bien; la obra maestra del Altísimo, la cúspide, digámoslo así, del mundo material, es el hombre, formado á imagen y semejanza de Dios. Pero este tipo de la belleza sensible, representado en Adam, necesitaba un complemento, y Dios, siguiendo el plan de su creación, sacó de Adam otra nueva criatura, «cuyas cualidades y formas, dice Grimuad, semejantes á las suyas, sin ser idénticas, constituyesen el tipo de una perfección nueva. Eva añadió la gracia á la belleza, constituyendo un tipo más deleitable para la vista, y más atractivo para el corazón. El rostro de la primera mujer, como el último rasgo del artista supremo, debía ser la obra más bella de todo lo criado, y en este sentido no es aventurado afirmar que Eva debía ser la reina del arte.

Pero esta reina cayó de su trono á impulso del pecado, y el primer hombre y la primera mujer perdieron con sus perfecciones invisibles su belleza exterior y sensible, dejando á la creación envuelta en tinieblas, por faltarle la luz de los seres ejemplares en quien Dios habia reflejado los rayos de su divinidad augusta.

El arte antiguo no disfrutó de otros modelos que los del hombre y la mujer afeados por el pecado, y no es maravilla que cayese en la sensualidad pagana, privado como estaba de las perfecciones primitivas de estos reyes de la creación, destronados por su culpa en las mismas fuentes de la vida. ¿Qué otra cosa es la Vénus de Médicis, enteramente desnuda y como avergonzada de su desnudez, que la Eva pecadora corriendo á esconderse entre los árboles del Paraíso terrenal?

El arte antiguo no podia dar más de sí, y cuando observamos en él creaciones más nobles y puras, debemos explicárnoslas por la tradición paradisiaca, que no se eclipsó por completo, y por el presentimiento más ó menos vago de la redención futura.

Pero Dios, en su misericordia infinita, no quiso dejar al mundo condenado á perpétua oscuridad, y trató de reconstituir un nuevo hombre y una nueva mujer, ó lo que es lo mismo, de rehacer la creación, que habia perdido la integridad de sus perfecciones primitivas. Y como Dios sigue en sus obras una marcha ascendente, era natural que el hombre nuevo y la nueva mujer superasen mucho á los primeros. Y así fué en efecto: el nuevo Adam fué Jesucristo, y la nueva Eva María, habiéndose invertido aquí el orden de la creación primera, pues Jesucristo nació de María y Eva habia salido de Adam.

Al llegar á este punto, vamos á traducir textualmente las palabras del conde de Grimuad, tan elocuente y claro en esta materia, porque resumen mejor que nosotros pudiéramos hacerlo, las cualidades que resplandecen en la belleza física de la Virgen. «María es tan bella como Jesús; porque Jesús en su cuerpo no quiso ninguna belleza que no fuese nacida del cuerpo virginal de su Santísima Madre; la cual, es más bella que Eva lo fué nunca, en la proporcion que corresponde, en el plan divino, á la superioridad de la Encarnación sobre la creación primitiva, á la formación del cuerpo de Jesús, sacado de su sangre pura, comparado á la formación del cuerpo de Adam, hecho de barro. En cierto sentido, aún parece que María pudo tener en su belleza física alguna cosa más que Jesús, poseyendo en calidad de mujer el privilegio de la gracia; pero todo lo que hay en la Madre comunicóse en términos proporcionales á su divino Hijo, como todo lo que hay en el Hijo se refleja en la Madre: la belleza varonil de Jesús, haciendo resaltar mejor lo que debe haber de nobleza y majestad en la belleza más graciosa de María, y la gracia sin igual de ésta, resaltando en la fisonomía del Salva-

dor para que brille la delicadeza, sin quitarle nada de la majestad y la fuerza. (1.)»

Aunque estas excelencias de la belleza física de la Virgen no necesitan de mayores pruebas, porque están comprobadas por el testimonio de los Santos Padres y por la tradición constante del arte cristiano, añadiremos, sin embargo, una observación para enlazar este artículo con el siguiente, y es la que monseñor Landriot (2) aplica á la belleza física del Salvador. Si la belleza del cuerpo del hombre, es como la de una nube á través de la cual arroja sus rayos el encendido sol que en ella se envuelve, ó como la de un instrumento, cuya forma es tanto más perfecta, cuanto más se ajusta á la expresión de la música que en él se debe ejecutar, el cuerpo de María debió ser hermosísimo, como nube iluminada por el astro eterno, encerrado en ella, y como instrumento en el que debía resonar la palabra armoniosa de la Sabiduría infinita.

Esta observación nos lleva como de la mano á discurrir brevemente sobre la belleza moral de la Santísima Virgen.

Para hojear solamente lo que se ha escrito acerca de este punto, necesitaríamos algunos años: el amor de María ha movido tantas inteligencias y tantas plumas, que podría formarse grandiosa biblioteca con las obras consagradas á señalar sus prerrogativas. Ya se comprende que para un trabajo como el presente no vamos á revolver las obras de los Santos Padres ni los infolios de los escolásticos, que tantas riquezas atesoran acerca de este asunto; nos limitaremos á consignar algunas ideas capitales, siguiendo las huellas de un teólogo eminente, hijo dignísimo de San Ignacio de Loyola, el cual ha sabido concentrar en un panegírico de 34 páginas, la esencia, por decirlo así, de tantas flores esparcidas por la sabiduría de los siglos á los pies de la Virgen Inmaculada. El docto P. Moga comienza probando en su admirable discurso que la gracia santificante es perfectísimo principio de orden moral, y por lo tanto de moral hermosura, y después lógicamente pasa á demostrar que excede á toda ponderación las excelencias con que desde el primer instante de su ser la poseyó María.

Como sea la divina gracia principio de actividad moral, fuente de vida, sustancia que alimenta las virtudes teologales y morales, camino por donde llegan al alma los dones del Espíritu Santo, y como poseyó María la gracia santificante en el más alto grado, en proporción con la excelsa dignidad de Madre de Dios, explícale el docto panegirista con suma claridad y en pocas palabras, dejando asentada la base fundamental de su discurso, que fácilmente se desarrolla luego hasta su término, en el cual se ofrece al entendimiento, brillante como el sol, la verdad de esta proposición importantísima: que la virtud moral es la fuente de la belleza, y que personificada en María, esta celestial reina, madre del más hermoso entre los hijos de los hombres, es también el tipo acabado de hermosura, y por lo tanto la reina del arte.

Esta proposición es tan evidente, que si la filosofía, de acuerdo con las sagradas letras, no la pudiese de manifiesto, el mismo lenguaje usual y corriente de los pueblos más cultos de la tierra, como observa un autor, bastaría para esclarecerla y asentarla en los ánimos. El *Xatós* de los griegos y el *honestus* de los latinos, ¿qué otra cosa significan sino la belleza en general, y además la especie más excelente de la misma, esto es, la belleza moral? Pero nuestro docto panegirista halla la prueba de esta proposición, en el texto en que celebra el divino esposo la belleza de su amada, *Tota pulchra es, amica mea*, dice el Espíritu Santo, y en seguida añade: *et macula non est in te*, y precisamente, advierte con razón el padre Moga, por haber carecido María en la Concepción de la mancha del pecado original, fué en la misma tipo de belleza moral (3).

Después de este testimonio, parece ya superfluo añadir nuevos argumentos para demostrar con el vigor de las teorías estéticas, que la Virgen Santísima, en cuanto fué elevada por Dios sobre todas las criaturas en perfección y en santidad, santidad en que se contienen todos los dones y gracias del

Espíritu Santo, es hermosa sobre todas las cosas criadas, y modelo admirable de la belleza, porque suspira el genio del arte. Empero no cerraremos este artículo sin transcribir las palabras con que Yungmann determina la dignidad calológica de la Madre de Dios, en el orden jerárquico de las cosas bellas. «Incomparablemente bella, elevada, no sólo entre los hijos de los hombres, como dice el profeta, sino absolutamente sobre todo lo que no es Dios, tiene su trono en el reino del Padre, aquella humana naturaleza, que el hijo de Dios quiso tomar para salvarnos. Y el primer lugar después de su hijo, llena de una pureza y santidad tal, que solo Dios puede comprender, y por lo mismo tan hermosa, que ningún ser sino Dios puede amarla tanto como ella merece ser amada, cuya dulzura ninguna mera criatura puede plenamente gustar, ocúpalo aquella mujer «llena de gracia y bendita entre todas las mujeres,» que «dió á luz á su Criador y adoró el fruto de su vientre.» «La primogénita antes de toda criatura,» la llama la Iglesia, «por medio de la cual salió en el cielo una luz que nunca se pone:» coronada de estrellas, vestida del sol, y teniendo á sus pies la luna,» «viola el vaticinador de la nueva alianza; pero todo esto es poco, porque es humano. Ella ha vestido al sol del cielo con la nube de la carne, como dice el doctor de la Iglesia, San Bernardo; y en cambio vístela á ella este sol del cielo, con los esplendores de su propia belleza» (1).

La bellísima expresión de San Bernardo completa graciosamente el pensamiento de monseñor Landriot, probando á la vez que la belleza moral, la hermosura, componen de la Virgen elevada por este título al trono del arte, en el cual ha brillado siempre con los resplandores del cielo.

MANUEL P. VILLAMIL.

(Se continuará.)

EN EL ÁLBUM DE DOLORES BARZANALLANA

Cuando yo por el mundo
buscando andaba
venturas y aventuras
con las muchachas,
lentos de fuego
los sentidos, y el alma
revuelta en cieno,
Al ver una hermosura,
cual tú, Dolores,
en éxtasis caía...
¡Dios me perdone!
para decirle
la horrible blasfemia,
que vas á oírme:
—«Para los más Adanes,
»Señor, tú has hecho
»las Evas más hermosas
»de tu universo;
»ésta yo escojo;
»dámela, ó *velis nolis*
»yo me la tomo.»
Hoy, Dolores del alma,
alma y dolores
de aquel aventurero
han hecho un hombre,
que sin vergüenza
ama á Dios, y á sus hijos,
y llora... y reza.
Hoy, cuando ante mis ojos,
cual tú, aparece
espléndida hermosura,
casta, inocente,
á Dios los alzo,
y oye lo que le digo
casi llorando:
—«¡Señor! ¡qué obra tan bella!
»¡tan acabada!
»¡Señor! ¡que no la toquen
»manos profanas!
»¡Señor! protégela
»de los que son ahora
»como yo era.»

V. BARRANTES.

EL ACUEDUCTO DE MERIDA

Al entrar en la estación de esta antigua ciudad extremeña, el ferro-carril hispano-lusitano, parece que le dan escolta unos gigantes torreonos que sorprenden y admiran por su elevación y solidez. Restos de un acueducto romano, que debió ser incomparablemente más grandioso y bello que el de Segovia, los llaman en el país los *Milagros de Albarregas*, porque tenían por objeto llevar á la ciudad el agua potable, salvando la cuenca y el río Albarregas, que hoy ha quedado entre la estación y la ciudad por la parte de poniente. Tomaba el agua este acueducto en un gran depósito que aún subsiste, á una legua al N., que hoy se llama la Albuera de Mérida, y sirve para lavadero de lanas, molinos y riegos de una hermosa y fecunda vega. Allí se remansa el agua de varios arroyos y vertientes por medio de un muro de contención formado de argamasa y sillares, en una extensión de 900 varas por una altura máxima de veinte; paredón reforzado á trechos por un terraplen de fábrica que mide en su base de 38 á 40 varas. El plano que corona la escarpa es tal, que pasa por él un camino público, pues tiene de anchura por algunas partes 18 varas. También se conservan todavía los registros, aunque maltratados, en forma de torres ó cubos, con sus escaleras para bajar hasta las llaves de distribución del agua.

Llaman también á este gran depósito el lago de Proserpina, por haberse creído votiva á esta Diosa una lápida que se encontró en aquel sitio, y que pocos anticuarios han sabido entender, hasta que publicada modernamente por el alemán Hubner en sus *Inscripciones de la España latina*, el cronista de Extremadura Sr. Barrantes la ha traducido fielmente por primera vez, en la *Defensa de la Sociedad*, probando que es una especie de anuncio de cierta ropa que habían robado, pues allí estaba sin duda alguna el lavadero público de Mérida; por eso la invocación á Proserpina, diosa de los ladrones, que la lápida contiene. Esta antigüalla curiosísima, quizá ejemplar único del anuncio de un robo en tiempo de los romanos, se conserva todavía en poder del dueño del lavadero don Alonso Pacheco, y no es cierto que el año de 1832 estuviera ya ilegible, como dice el historiador de Mérida Fernandez Perez, pues muchos años después Hubner, Barrantes y Amador de los Rios la han leído y copiado sin gran dificultad.

Salía el agua de este depósito mirando á poniente, si bien toma el acueducto en su arranque la dirección de Mediodía para costear la sierra de Carija, cuyo valle salvaba por medio de gigantes arcadas, cuyos restos aún subsisten, restos sin embargo que dan indicios de unas arcadas menos esbeltas y gigantes que las de la cuenca de Albarregas, por donde entraba el agua, como hemos dicho, en la población después de haber serpenteado en varias direcciones, ya á flor de tierra, ya por medio de obras de fábrica.

Los llamados propiamente *milagros* arrancan de un arca de depósito, que se distingue perfectamente desde el ferro-carril, al extremo del valle, sembrado todo de gigantes ruinas, donde sobresalen los veintinueve postes ó pilares que nuestro grabado representa. La altura del mayor es de 30 varas. Tres órdenes de arcos los unían entre sí, que están casi todos destruidos. Su diámetro es de cinco varas en cuadro. Desde la estación á la ciudad suben serpenteando sin dirección que hoy pueda fijarse otros siete postes más gruesos, habiendo uno tan extraordinario que se le llama *el milagro gordo*.

Objeto no menos curioso en la estación de Mérida, es el considerar cómo pudieron los árabes ó los godos derribar sin dinamita ni pólvora aquellos enormes trozos de cantería, que algunos pesarán más de mil toneladas.

LA ESPAÑA QUE SE VA

No diré yo ahora si en ello hemos ganado ó perdido; pero es evidente que media gran distancia entre el sitio de tosca piedra donde Carlo-Magno dictaba leyes á la mitad de Europa, hasta el cojín de terciopelo donde cualquier pelafustan puede

(1) *Guide de L'Art Chretien*, volumen III, estudio XIV.

(2) *Le Christ de la Tradition*, vol. II, pág. 290.

(3) *Belleza moral de María*.

(1) *La Belleza y Bellas Artes*, Pág. 193, parte 1ª.

atravesarla hoy en ocho días, de Cádiz á San Petersburgo.

Esto es lo primero que me ocurre al recordar mi primer viaje á lo que un poeta del antiguo régimen llamaría «el templo de Minerva», ó sea á lo que por aquel entonces se llamaba y era la *Universidad*. Separábanla de mi domicilio paterno treinta y cinco leguas, que á razón de siete por jornada, constituían un viaje redondo de cinco soles, para el cual era necesario prepararse muy seriamente. Con menos tenían sobrado nuestros padres para confesarse y hacer testamento.

La época de abrirse el curso universitario llamase hoy prosaicamente el primero de Octubre; pero entonces se llamaba *San Lucas*, es decir, el 18 de este mes, día en que efectivamente la señora Minerva tomaba posesión de sus alumnos.

Preciso era, pues, *allá al rededor de San Lucas* (esta era la fórmula corriente) pensar en el mejor modo de hacer las nueve jornadas.

Pensamiento en verdad inútil, porque el modo no era sino uno, y á él había de conformarse quien quisiera ser teólogo, canonista, abogado ó médico, únicas carreras escolares abiertas al ingenio español por aquellos ominosos tiempos en que no le era lícito ser, como entonces se decía, *maestro de todo y oficial de nada*.

Pues digo que para llegar á una de las puertas de aquel saber tan diminuto no teníamos otro medio sino entregarnos al brazo más que secular de un arriero, atalajarnos en un macho entre el baul y el colchon, sentados en una almohada tendida á lo largo del espinazo de la cabalgadura, sobre el crucero de las sogas del fardo, el cuerpo en

bilo, y las puntas de los pies en conversacion con las de las orejas del mulo.

Bonito tren, y sobre todo cómodo ¿no es cierto? Pues así y todo, han de saber mis lectores jóvenes que una jornada de siete leguas era en aquellas mis mocedades lo que llamaríamos hoy *un tren rápido*; tanto más, cuanto aquel trayecto había de recorrerse precisamente *á solis ortu usque ad occasum*, es decir, desde la salida á la puesta del sol, porque junto con no alcanzar á más la fuerza de nuestras locomotoras, estilábanse todavía por entonces bandoleros sin patente ni cédula de vecindad.

Hoy ya no se pernocta: entonces llamábamos así á entrar junto con la recua en un meson abierto por los cuatro costados, ser recibido por el mesonero con la cara de vinagre á veces y más veces de



RESTOS DEL ACUEDUCTO DE MÉRIDA, LLAMADOS LOS MILAGROS DE ALBARREGAS

vino, cenar una calderada de arroz y bacalao, tenderse junto al humero en las enjalmas de los mulos, dormir ó no dormir, según era el desabrigo y el ruido del meson, *tomar la mañana*, ó sea desayunarse con un *chico* de aguardiente, y apenas el rubicundo Apolo... etcétera, ¡á caballo! es decir ¡á mulo! y... ¡Buen viaje, caballeros!

Consumida en el primer almuerzo la inevitable tortilla de jamon, y en la primera comida los inevitables pollos de la primitiva *merienda*, provista en el hogar doméstico, iba siendo manjar casi único de nuestro *buffet* durante todo el viaje, chorizos que daban el *¿quién vive?* dignamente acompañados de mosto que tiraba de espaldas; todo ello debido á la obsequiosa solicitud del jefe de nuestro tren, es decir, del arriero, que nos trataba, según él decía, *á cuerpo de rey*.

Y sin embargo, llegábamos al término de nuestro viaje: San Rafael y nuestros pocos años hacían la costa.

El primer día de jornada solía ser triste, porque todavía entonces lloraban las madres, y aún los padres, al separarse de sus hijos, y había entre nosotros á quien apenaba dejar, más que el patriotismo, cierta reja donde el corazón juvenil quedaba atado á recuerdos no olvidados quizás nunca. Pero en gente moza las penas duran poco, y luego nues-

tra comitiva era bola de nieve que de jornada en jornada iba engruesando hasta ser, cuando entraba en la Universidad, todo un escuadrón, de suyo alegre, bullicioso, reñido con todo pensamiento grave, y tan libre de pasiones perturbadoras por dentro como turbulento por de fuera.

Ciertamente ya entonces había caducado el tipo del estudiante pendenciero, espadachín, rondador, espanto de alguaciles, dueñas y tutores de niñas casaderas; pero aún quedaba el del flautista y guitarrista, mal copiado hoy en los alumnos de veterinaria y horriblemente desfigurado en las *estudiantinas* de Carnaval. Aún no se había engendrado en las entrañas de la civilización moderna este monstruo de precocidad, que apenas puesto, como diría un escritor contemporáneo, *entre la palmeta y el barbero*, sueña ya con la Presidencia del Consejo de Ministros, y ha convertido al dios Himeneo en corredor de dotes.

El primer y más grave negocio que embargaba nuestro ánimo al inaugurar la vida estudiantil, era procurarnos manto viejo y sombrero de tres picos apolillado, porque estrenar estas prendas solía ser honor de varias maneras peligroso. El espíritu de igualdad no postiza que á la república de las letras informaba, exigía ropa común á ricos y pobres. El estudiante era una *clase*, formada como casi todas

por la Iglesia, y el instinto de santa democracia, que se hallará siempre en el fondo de todas estas formaciones, codicioso de dar á esa clase la mayor unidad posible, movióse espontáneamente á dotarla con los signos de la santa pobreza. Aquella edad *oscurantista* quiso que el estudiar fuese un blason, y lo ordenó todo para que no se hiciese privilegio de potentados. Esta es, digámoslo así, la filosofía de la antigua ropa escolar.

Por otra parte, aquella ropa era una garantía de disciplina, que sujetando las escuelas civiles á una especie de régimen militar, facilitaba la vigilancia sobre todo el cuerpo escolástico. Para ejercer esta vigilancia, poseían los Rectores y claustros universitarios una suma de facultades, que casi constituían un fuero especial.

Primer agente de esta jurisdicción, protectora de los buenos estudios y de las buenas costumbres, era *¿quién hoy lo diría?* la patrona de la *posada*. No necesitaban los padres averiguar las condiciones de la casa donde se hospedara su hijo escolar, pues por costumbre, ya que no por ley, esta policía estaba encomendada á los Rectores. De aquí que, para con sus huéspedes, la patrona tuviese una jurisdicción análoga á la de los capitanes de buque para con los tripulantes.

No, y sino que se descuidase alguno, pues á lo



TORRE DE SANTO TOMÉ (TOLEDO)

mejor se encontraba sorprendido por una visita domiciliar de los *bedeles*, ó del Rector en persona, que muchas veces á las altas horas de la noche se aparecían, para inquirir si el *caballero escolar* conversaba con sus libros, ó con los naipes, ó se hallaba en más dañado entretenimiento, y si había por qué, la patrona se quedaba sin huésped, y el caballero escolar se chupaba los condignos días de arresto en la *cárcel de estudios*.

Entre el coste del pupillaje para el hijo de la familia más acomodada, y para el de la ménos, no había tal vez la diferencia proporcional que hay entre un asiento de coche de primera y otro de segunda. *Sota, caballo y rey*, con las tradicionales pasas y almendras, para comer (á las doce en punto), y el consabido guisado con patatas para cenar (al toque de ánimas); por todo menaje, catre de tijera, mesita de pino y cuatro sillas de junco; por tapices, cortinaje de muselina; por alfombra, rueda de esparto, ó piel de cabrito embadurnada de añil; y para el ornato de la estancia, la historia del Hijo Pródigo, el retrato del monarca reinante, y á todo tirar, jaula con canario colgada del techo.

Fuera del claustro, hasta medio siglo há, tal es

«...la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en España han sido.»

No pocos, tratados aún ménos bien de la fortuna, debieron la borla doctoral á la mal infamada sopa de los conventos, y á la caridad de los aristocráticos Colegios mayores. De aquí aquellas dos ramas de la escolar estirpe, llamadas una *el sopista*, y otra *el fámulo*; madera de quien la antigua España fabricó no pequeña ni ingloriosa porción de sus Alcaldes de Casa y Corte, de sus Consejeros de Castilla, y de insignes Prelados.

Decir que, junto con los manteos, ha emigrado de las universidades la ciencia, pudiera ser exageración injusta; pero es cuando ménos hecho palpable que, por punto general, hoy el español sirve para todo lo que se quiera, ménos para la profesión que haya estudiado. Quizás hay mayor número de ellos que saben algo de todo; pero jamás, ni en parte alguna, ha sido tan escaso el de los que saben lo bastante de lo que debieran saber.

Cuando el pestífero mechero de los velones quemaba muchas cejas, y las manos estudiantiles atormentaban mucho pergamino, decía sin embargo el adagio vulgar:

Fortuna te dé Dios, hijo,
Que el saber, poco te basta.

Hoy, la fortuna es tan pródiga de sí, que cualquier belitre se la encuentra agazapada debajo de una gaceta.

Hilvándose una comedieja con poco sentido común y ménos sentido moral; apréndase el no difícil arte de zurcir unas cuantas frases traídas de la jerigonza gálo-germánica, y sobre todo, cuídese, aunque sea el más iliterato galopin, de cortejar á la fama, para obtener de ella el no costoso favor de que

«Cante con voz su nombre pregonera,
y no lo dudeis,

«¡oh! jóvenes amables,
Que en vuestros tiernos años,
Al templo de Minerva
Dirigís vuestros pasos,»

vuestro es el mundo. *La España que se va* os habría hecho justicia: la que viene, ha resuelto hacerla de sí propia en vosotros y por vosotros.

GABINO TEJADO.

EL CASTILLO DE TERCIOPELO

NOVELA

DE PAUL FÉVAL

TRADUCIDA POR

BALBINA DE ANTÚNEZ

(Continuación)

XII.

La vuelta al país.

Estamos hácia el fin del mes de Octubre de 1754, en el camino de París á Rennes, entre La Gravelle y Vitré. Cinco años habían transcurrido

desde los acontecimientos que acabamos de referir. Serían sobre las nueve de la mañana. El sol apacible de otoño deshacía lentamente una ligera escarcha que blanqueaba las praderas.

Un jinete venía del lado de La Gravelle, subiendo la cuesta al paso. Era un hermoso jóven que parecía tener apenas unos veinte años. Sus formas, más bien elegantes que robustas, esperaban todavía su completo desarrollo. Su semblante, pálido, pero encantador, parecía acusar fatigas sufridas, que no eran precisamente las de un soldado.

Iba armado, no obstante, y llevaba sus armas con gallardía. Asimismo, á pesar de la elegante libertad que conservaba á caballo, no se advertía en él ese no sé qué que distingue á los militares. Su cuerpo seguía los movimientos de su montura con una negligencia llena de flexibilidad, y nunca un jinete mejor colocado en su silla supo desdénar más perfectamente las reglas estrictas de la equitación.

Sonreía el apuesto doncel, sonreía á sus pensamientos de felicidad, al íntimo contento de su corazón, quizá los hermosos castillos que edificaba en el porvenir; y su sonrisa os hubiera seguramente regocijado, según era de franca y bonancible.

Un detalle más: nuestro caballero traía un paqueto de libros sobre el arzon de la silla.

Indudablemente la habreis experimentado, lectores míos: es la alegría más pura de la vida.

Si no la conocéis, preguntad á los que la han sentido; á los que han puesto ambas manos sobre el corazón que salta de gozo, y han llorado lágrimas dulcísimas al ver desde lejos unos copudos árboles delante de una modesta portada un campionario humilde en el fondo de un valle, ó la conocida curva de una montaña que esconde su frente en las nubes.

La tierra donde han corrido nuestros primeros días, la casa, la calle, el jardín... ¿qué se yo?... la bohardilla, si es una bohardilla, el granero, si no es más que un granero... el lugar, en fin, sea el que quiera, donde teníamos por la mañana para hacer fiesta y cortejo á nuestro despertar, el beso de nuestra madre y la sonrisa de nuestras hermanas.

El lugar cuyo nombre llena el alma y hace humedecer los ojos; el lugar del que uno dice ¡mi país! y que viene á ser como el corazón de la patria.

De lejos, de muy lejos se siente ya como un gusto vago: el aura trae perfumes conocidos: el viento viene á hablar de cosas amadas. El pecho se dilata: lo que uno respira allí es lo que más conviene á sus pulmones. En otras partes la atmósfera parece que no está hecha para nosotros. Aquí respirais vuestro aire; el aire apacible que voló en redor de vuestra cuna. Que sea abrasador ó que sea glacial, yo os aseguro que vuestra boca le busca y le prefiere á todos.

Es el aire natal el que resucita á los desahuciados por la ciencia, el que vuelve á levantar las frentes inclinadas y marchitas, el que torna la sangre á las mejillas pálidas. Es el aliento mismo del país.

Respiradle, respirad este aire con ambos pulmones; y ¿qué escuchais allá abajo, muy abajo? ¿Un ruido fugitivo, algo que pasa sin rozar en el oído de vuestros compañeros? ¿qué es, y por qué os hace estremecer? Es la monótona querrela de un molino, es el chirrido de una veleta sobre su vástago de hierro oxidado; es la campana que tañía en otro tiempo á las horas de vuestras oraciones.

Todo ello no es nada, no es más que la voz del país.

¡Seguid, seguid adelante! ¡Dejad desbordarse vuestra alegría! No os escondáis de nadie para sonreír ni para llorar. Volved á ser niños, es decir, volved á ser dichosos. ¿Qué importan las burlas de los que no sienten?

¡Seguid adelante! Ved aquí el palacio al final de esta calle de árboles.

O si no, ved ahí la cabaña humilde en el recodo del camino.

Cabaña ó palacio, ¿qué más da?

¡Seguid, seguid adelante con los brazos extendidos y el alma toda emocionada! Va á abrirse la puerta y vais á abrazar á vuestra madre.

¡Qué buena es, y qué hermosa, y cuán amada!.. En el castillo, en la choza, en todas partes... Es vuestra madre, es la alegría, es el cariño, es la ternura, es el amor purísimo, el más grande, el más

hermoso que puede darse aquí abajo, después del amor de Dios.

Nuestro caballero de veinte años estaba todavía lejos de Rennes; pero ya comenzaba á sentir de una manera vaga esa alegría interior que la pluma presuntuosa trata en vano de describir. Y decimos de una manera vaga, porque él aún no conocía el terreno. Era la primera vez que volvía á su país, cuyos alrededores le eran desconocidos. La verdadera alegría iba á cogerle de improviso.

Apresuraba instintivamente el paso de su caballo. Los que pasaban á su lado y cambiaban con él el saludo de los viajeros, no hubieran acertado á decir con exactitud cuál era la posición que ocupaba en el mundo. Su traje era decente, más bien que no lujoso, y si parecía elegante era porque nuestro jóven le llevaba á las mil maravillas.

Componíase de una casaca larga de terciopelo negro, con chupa de lo mismo, un sombrero de fieltro negro, un poco más ancho de ala que lo que exigía el uso, nada de polvos, y un calzon de seda, cuyas ataduras desaparecían bajo el suave cuero de sus altas botas. Todo ello era sencillo, pero cortado á la última moda de la corte.

No había en todo él ni un átomo de la *curulería* de los ricos nuevos. No era un comerciante, no podía ser tampoco un mercader. ¡Cal! ¿Sería un médico? ¡Pero si era tan jóven! ¿Acaso un artista? Méenos; un artista se cubre de andrajos, como Callot, ó se enluta, como Salvador Roca.

Este no era un artista.

Lo que era, á fé mia, un jóven encantador; esto es lo cierto: hermosos ojos, hermosos cabellos, apostura bizarra y distinguida, mirada dulce, sonrisa franca.

Atravesó sin detenerse la ciudad de Vitré, que parece haber sido conservada en espíritu de vino desde los tiempos de Mari-Castaña. Los terraplenes, el castillo secular, coronado de rosales, como una vieja que celebra el quincuagésimo aniversario de sus bodas, los portales pesados y carcomidos, las casas parduzcas, que parecen trepar unas sobre otras, todo esto parecía interesarle bien poco.

Pero divisó bajo un portal á una pobre mujer haciendo media, y entónces latió con violencia su corazón, y arrió los talones á los ijares del caballo.

—¡Madre mia!—murmuró—¡Madre mia querida! ¡Diez leguas faltan aún para llegar á nuestra pobre vivienda!

El caballo fatigado echó á trotar lo mejor que pudo. Nuestro amigo, porque este hermoso jóven es ya nuestro amigo, sacó de su cartera una carta, cuyo exterior carecía de poesía por completo.

Hay cartas preciosas que no están bien dobladas y presentan el sobre como escrito con un palo, sobre un trapezio de los más irregulares. Las hay también que vienen de las aldeas y conservan las marcas de los dedos sucios tan bien señaladas, que es vano intento el de borrarlas. Todo esto no las quita su mérito.

Mas la carta cuadrada, bien escrita por el memorialista; la carta que comienza con estas palabras: «La presente es para tener el gusto de saludarte, etc.»; la carta en que un pobre diablo, idiota de condicion, ha traducido, ha querido traducir en semierudito el hermoso lenguaje del corazón, esta carta hace daño á la vista. Es grandísima desdicha para una madre el no saber escribir.

Aquel papel que leía nuestro viajero había sido emborronado por un memorialista. Comenzaba por aquello de: *La presente es para tener el gusto...* y concluía con lo de: *manda á esta tu madre que lo es...*

Pero á lo último había una cruz, que parecía trazada por una mano temblorosa. No era el memorialista el que había puesto aquella cruz. Nuestro amigo la besaba llorando.

La carta venía á decir en resumen: «Tu madre está buena, y ha puesto aquí esta cruz para que tú la beses.»

¿Necesitaba decir más?

La carta no tenía más de un mes de fecha y anunciaba que no había novedad alguna. Nuestro viajero no tenía nada que temer. Su recibimiento iba á ser excelente. No tendría que llorar, á no ser de alegría.

A medida que avanzaba, sin embargo, la emo-

ción de la vuelta se apoderaba de él y le dominaba. Verificábase en él una revolución inexplicable: su sensibilidad ya no obedecía á su razón. Experimentaba repentinos arranques de alegría y luego repentinas tristezas, y estas tristezas y estas alegrías se apoderaban de su corazón alternativamente y de improviso. Las lágrimas le acudían á los ojos, mezcladas con la sonrisa. Sentía de repente oprimirse el pecho, y luego exhalaba su alma un canto de regocijo.

A eso de las once había atravesado ya gran parte de la selva y se hallaba en las cercanías de la aldea de Noyal de Vilaine. Hasta entonces no había tenido más que un solo pensamiento: su madre querida, á quien no había vuelto á ver desde hacía cinco años.

Mas al acercarse á la aldea de Noyal de Vilaine se distrajo un poco; y cuando los últimos árboles de la selva le dejaron ver la noble arquitectura del castillo de Noyal, cuyas cien ventanas se retrataban sobre el haz tranquila del río, se detuvo.

Un profundo suspiro desahogó su pecho.

Con este suspiro se escapó de sus labios un nombre agradable, dulce, sonriente, uno de esos nombres que parecen inventados por las hadas.

¡María!

Nuestro amigo inclinó la frente, y parecía como si siguiera alguna visión por aquellas verdes praderas. Entre todos los balcones del palacio, sus ojos se fijaron en una ventana, cuyas contravidrieras ¡ay! estaban cerradas.

María no estaba ya, pues, en el castillo de Noyal.

La hermosa joven se había casado sin duda: nuestro amigo permaneció un minuto entero en contemplación delante del castillo de Noyal.

—¡Cinco años!—murmuró.

Y añadió luego en tanto que su sonrisa se iba impregnando de tristeza:

—¡Con tal que Dios la haya conservado dichosa!

El minuto había pasado. Nuestro amigo sacudió sus rizados cabellos con un ligero movimiento de orgullosa austeridad y arrimó las espuelas al caballo murmurando:

—Yo no quiero más que á mi madre.

XIII

El monton de cenizas.

Este no amaba más que á su madre. ¿Os acordáis de nuestro pobre Pichenet, el bailarín de la maroma, el hijo de la pobre Chaumel, el esclavo de Malbrouk? Pues aquél también decía admirando desde lejos la hermosura de María de Noyal: yo no amo más que á mi madre.

¡Acaso nuestro viajero no sea otro que el mismo Pichenet, con su espada al cinto y su gran frac de terciopelo negro!

En ese caso, ¿había hecho fortuna?...?

Efectivamente; el viajero era Pichenet y había hecho fortuna. Hé aquí su historia:

La tarde en que creyó haber muerto á Malbrouk, le vimos huir á lo largo de los muros de la abadía de Santa Melania, después que su madre toda asustada le había empujado fuera de la cabaña. Salió de la ciudad y fué á acostarse sobre la hierba en la linde de una heredad. Estaba loco. El asesinato que creía haber cometido le trastornaba. Durmióse estenuado de fatiga, y soñó que le perseguían, que le iban al alcance, que le ponían preso, y que le ahorcaban.

Al día siguiente se despertó en una cama suntuosa, en torno de la cual pendían, primorosamente plegadas, elegantes cortinas de seda. Dejó á vuestra consideración si creería ó no el pobre muchacho que estaba soñando todavía.

No había con él en el cuarto más que una preciosa niña, en quien creyó reconocer la menor de las señoritas de Noyal. Al primer movimiento que él hizo, Blanca, porque en efecto era ella, abrió la puerta y llamó:

—¡Lacuzan! ¡Lacuzan!

Y Pichenet vió entrar á un noble caballero, que le pareció majestuoso como un rey. Pichenet permaneció callado: el caballero se le acercó y le dijo:

—Aquí tienes, hijo mío, una señorita que se interesa por tí.

Pichenet miró á Blanca, que le hizo con la cabeza un signo muy amistoso.

—Mira, joven,—continuó Lacuzan,—tú no pue-

des ya volver á casa de tu madre... ¿quieres ir á estudiar á París?

—Sí, sí que quiero,—balbuceó Pichenet encendido de gratitud y de gozo.

Mas con todo añadió:

—¿Y no veré ya más á mi madre?

Blanca se llegó á él y le apretó la mano diciéndole:

—Muy bien: tienes buen corazón.

Lacuzan añadió:

—Nosotros cuidaremos de tu madre, esta señorita y yo. Por el bien de ella es precisamente por lo que tienes que marcharte.

Pichenet estaba vestido sobre la cama. Saltó al suelo y besó las manos á Blanca.

—¡Que Dios os bendiga á entrambos!—murmuró.—Yo me voy de buena gana, si es que debo hacerlo por mi madre.

Partió, pues, con el bolsillo repleto y con cartas de Lacuzan para sus amigos de París. Entre estos amigos se hallaba el señor Pontcarré de Viarme, ex-intendente de la provincia de Bretaña, y Consejero de Estado. Gracias á él, Pichenet hizo su carrera de medicina bajo los auspicios del famoso Dodart, antiguo médico del duque de Borgoña, y á la sazón primer médico del rey. Es de advertir, que Pichenet se llamaba en París el Sr. D. Adriano Chaumel.

Los médicos de la corte, que no deseaban más que complacer al Sr. Dodart, tomaron á Adriano Chaumel bajo su protección colectiva. Adriano fué el niño mimado de la facultad. Hizo magníficos exámenes y sostuvo una tesis que formó época en los anales de la escuela. Desde entonces pudo ya preverse cuál había de ser su porvenir. Era una notabilidad.

Antes de cumplir los 19 años el Sr. Dodart, le hizo ya nombrar ayudante médico de la real Cámara.

Como podeis figuraros, desde aquel momento la Chaumel no hubo de aceptar ya los socorros de nadie.

Hé ahí á lo que había llegado Pichenet, y por qué traía frac de terciopelo negro y la espada al cinto.

Venía á Rennes encargado de una comisión del Consejo, para estudiar los síntomas del *mal de infierno*, que había pasado al estado endémico, y resistía obstinadamente á todos los esfuerzos de la ciencia (1).

Serian ya las tres de la tarde cuando Pichenet distinguió de lejos la silueta cuadrada y tosca de las torres de San Pedro. Su pobre caballo, que era de París, no podía participar de su patriótico entusiasmo, y resoplaba con tristeza. No comprendía la causa de los espolazos que caían sobre él como granizo. El animal andaba lo que podía; pero Pichenet, cantando, gritando, moviéndose y agitando el sombrero como un loco, no le daba punto de tregua.

Había reconocido los árboles de Santa Melania, la estrecha calle del parque de Onges, el cercado del palacio de Noyal.

Saltó sobre la calzada, y subió por el camino estrecho que conducía al otero arenoso donde en otro tiempo se extendía la cuerda tirante amarrada á los dos postes. ¡Oh! ¡Qué de recuerdos tristes! Pero al mismo tiempo, ¡qué de recuerdos venturosos!

¿Por qué la Chaumel no adivinaba la venida de su hijo? Pichenet subía la cuesta y subía muy despacio, ¡porque su corazón latía con tanta fuerza!... A media subida comenzó á entonar con voz temblorosa el cantar de sus primeros años. Pensaba de esta suerte:

—Mi madre va á oírme y va á decirse: «¿qué es esto? yo sueño;» después aplicará el oído con grande atención, parando el torno en que estará hilando...

(1) El mal de infierno, ó mal de Levant, ó peste húngara, pues todos estos nombres se le daban y otros varios, como viruela menuda, viruela negra, carbunclo de Hungría, peste infernal, etc., no desapareció definitivamente de Rennes y de sus cercanías, sino dos años más tarde, hacia el otoño de 1756. Esta enfermedad era notable, porque conservaba su cualidad de contagiosa, aun después de haberse hecho crónica. Vióse á muchos pacientes llevar durante dos años la máscara que les imponía la autoridad, para señalarles al público como un peligro viviente.

Y en esto interrumpió su canto á fin de poder oír el primer grito de su madre.

Mas no oyó nada.

—¡Qué niño soy!—dijo para sí.—¿Pues no parece que tengo miedo?...?

Al llegar al recodo del camino sus ojos se fijaron hacia la cabaña.

¿Estaría la puerta abierta?

¿Estaría la buena mujer sentada en el umbral como siempre?

Un grito ronco se exhaló del pecho del joven. Frotóse los ojos por si aquello era una ilusión horrible.

El otero estaba raso. En el sitio que había ocupado la barraca, había sólo un montoncito de ceniza.

Pichenet cayó de rodillas.

Para llegar al monton de cenizas le fué menester ir medio arrastrando.

Tocó la ceniza y estaba fría.

¿Cuántos días hacía que su madre había muerto?

Pichenet permaneció allí por largo rato inmóvil, como herido de un rayo. Comenzaba ya el crepúsculo de la tarde cuando levantó la cabeza.

El golpe le había aplanado.

Echó una mirada en rededor suyo. Los frondosos árboles del jardín de Noyal dejaban colgar sus ramas por cima de las cercas. Las ventanas del palacio estaban todas cerradas. Había en todo el contorno algo de lúgubre, como un inmenso duelo.

—Es menester que yo sepa...—dijo para sí Pichenet—aunque me cueste morir... es menester que yo sepa...

En esto se oyeron pasos, y se abrió el postigo del jardín, el postigo que estaba debajo del cenador que servía de observatorio á Blanca, dando paso á Lapierre, el anciano jardinero. Tenía éste ya todo el pelo blanco y andaba muy encorvado.

—¿Qué es lo que ha sucedido aquí, Lapierre?—le preguntó Pichenet abalanzándose á su encuentro.

Lapierre le miró y le dijo:

—No le conozco á V.; pero hay tantos que vienen preguntando ¿qué es lo que ha pasado aquí?...?

Y diciendo estas últimas palabras mostraba con un gesto melancólico las ventanas cerradas del palacio.

—No se sabe,—continuó,—esto estaba tan brillante en otros tiempos!

—¿Qué?—exclamó Pichenet.—¿Ha habido desgracias también ahí?

—¿Desgracias?...—repuso Lapierre.—Yo he visto llorar á la señorita Blanca; pero... no se sabe...

—¡La señorita Blanca de Noyal!—dijo Pichenet conmovido por el recuerdo de lo que la joven había hecho por él:—¡que Dios la bendiga y la consuele! Pero oiga, buen hombre,—añadió temblándole la voz de nuevo,—no es del palacio de lo que yo hablo.

—¡Ah!—exclamó Lapierre asombrado de que pudiera haber alguien que pensara en otra cosa que en el palacio.

—Allí, allí,—continuó el joven señalando con el dedo el montoncito de cenizas,—¿qué ha pasado allí?

El anciano jardinero cruzó los brazos sobre el pecho, y dijo:

—La Chaumel era una mujer excelente. Allí había una casita, y la Chaumel era quien habitaba aquella casita.

—¿Sola?

—Sola. En tiempos pasados vivían tres personas dentro. Aquella buena mujer tenía en su compañía á su marido y á su hijo. Lo que ha sido del hijo yo no lo sé. Dícese, sin embargo, que ha socorrido á su madre en estos últimos tiempos. Por lo que toca al marido, hace ya unos cuantos años que le acometió el *mal de infierno*, un domingo, después de haber bailado en la maroma. Este era su oficio. Y bien me acuerdo cuando la señorita menor me hizo cortar una vez una rama grande, adonde Malbrouk amarraba su maroma.

Pichenet oía con atención. Ya no preguntaba. La proligidad del jardinero significaba para él algunos momentos de plazo antes del golpe mortal, que aguardaba recibir.

(Se continuará.)



SONETO

Dame, Señor, la firme voluntad,
Compañera y sosten de la virtud,
La que sabe en el golfo hallar quietud
Y en medio de las sombras claridad.
La que trueca en tesón la veleidad
Y el ocio en perenal solicitud
Y las ásperas fiebres en salud
Y los torpes engaños en verdad.
Así conseguirá mi corazón
Que los favores que á tu amor debí
Te ofrezcan algún fruto en galardón.
Y aún Tú, Señor, conseguirás así
Que no llegue á romper mi confusión
La imagen tuya que pusiste en mí.

ADELARDO L. DE AYALA.

CUERDA DE AHORCADO

En un periódico francés leemos la curiosa relación siguiente:

«En una ciudad de Suiza, á la cual acudían todos los veranos los tahures y viciosos de todo el globo á desplumarse unos á otros por medio de los juegos de azar más en boga, se vió la autoridad municipal en la necesidad de prohibir la venta por mayor y menor de cuerda de ahorcado.»

Sabido es que entre los jugadores, que son de suyo supersticiosos, pasa por inconcuso que un pedazo de esta cuerda es un talisman, con el cual se gana siempre.

¿Por qué? Nunca se ha podido averiguar.

Lo cierto es que el comercio de esta mercancía había adquirido un importante desarrollo en el país.

La tradición conserva la memoria de un pobre aldeano que, hallándose en la más completa miseria, imaginó ahorcarse, á fin de proporcionar á su viuda y á sus hijos el producto de la cuerda que á causa de la abundancia y de la calidad de los jugadores que á la sazón se encontraban en aquella residencia, debía cotizarse á muy alto precio.

El ejemplo se hizo contagioso: todos los años uno ó dos desgraciados se ahorcaban por especulación.

Poco á poco el comercio de la cuerda adquirió un precio casi invariable: ya se sabía; un trozo del tamaño de una pulgada, adornado de terciopelo negro, con su estuchito, costaba treinta francos.

Siempre había gente que afirmaba los magníficos resultados que se obtenían con aquel talisman.

Pero había que desconfiar de la cuerda falsa y hasta del ahorcado falso. Los compradores procuraban siempre enterarse bien antes de soltar la mosca.

A la larga se creyó notar una baja sensible en la virtud del amuleto, ocasionando una gran baja en la confianza pública.

Consistía esto en que el negocio de la cuerda tenía sus fraudes, como todas las demás industrias.

Súpose, por ejemplo, que un suizo necesitado, viendo que se le venía encima un vencimiento de cien duros que no podía satisfacer, se entendió con su ama de gobierno para hacer una farsa de ahorcamiento. Otros imitaron su ejemplo: en cuanto el ahorcado comenzaba á agitarse, la mujer se ponía á la ventana á gritar. Se descolgaba á la víctima, se corría á llamar al médico, y con fricciones, alguna sangría y pocos días de reposo, resucitaba el ahorcado, quedándose con la cuerda.

Pero esta cuerda fraudulenta no podía producir los resultados de la verdadera cuerda.

En fin, un hecho lamentable vino á poner fin á este comercio ilícito.

Los esposos Lambert eran muy pobres y reñían con mucha frecuencia. Un día se le ocurrió á la mujer la idea del ahorcamiento ficticio.

—Mira, dijo á su marido,—si te ahorcasses de mentirigillas como nuestro vecino Tranicot, esto nos daría algunos metros de cuerda que vender, que podrían sacarnos de apuros.

Lambert vacilaba; pero su mujer se iba haciendo cada vez más pesada é insinuante, y al fin consintió. No lo hizo, sin embargo, sino después de haber encargado de mil modos á su mujer que anduviese lista.

Pero sus recomendaciones fueron completamente inútiles. Su mujer abrió la ventana y arrojó gritos desgarradores, según la fórmula convenida.

Los vecinos se precipitaron en la casa, y el doctor acudió inmediatamente.

Pero ya era tarde. Por más que se friccionó, se sangró y se gritó al oído del desgraciado: Eh! Lambert! Lambert se había ahorcado en toda regla, aunque contra toda su voluntad.

La voz pública empezó á manifestar sospechas contra la esposa. Antes de pedir socorro había dejado que la asfixia se consumase.

Á partir de este suceso, el comercio de la cuerda quedó prohibido.

Si la historia *non é vera*, por lo ménos *é ben trovata*.

MISCELÁNEA

¿Quién no conoce la historia de la famosa gallina que ponía todos los días un huevo de oro, sin tener sin embargo en el vientre ningún filon, como pudo atestiguar el ávido propietario que la abrió en canal? Hasta el presente se había ignorado dónde estaba el gallo de esta gallina; pero una circuns-

tancia inesperada ha puesto en claro que éste no era otro que el gallo dorado que coronaba la flecha de la torre de Nuestra Señora de París. Este señor gallo no ponía, claro está; era él muy hombre para imitar estas posturas femeniles; pero en cambio tenía el vientre lleno de piezas de oro, de plata y de cobre de todas las naciones, que databan de la fecha en que la famosa basílica fué restaurada. Una de estas últimas noches, una furiosa ráfaga de viento arrancó el gallo dorado, que era colosal, de su elevada posición, llevándole... no se sabe dónde, porque hasta el presente no ha parecido.

Este escamoteo, hecho á la faz del París nocturno, es uno de los más famosos que registran los anales de la prestidigitación.

El invierno amenaza ser muy rígido; pero los parisienses se proponen, según todos los indicios, calentarlo.

Hé aquí lo que refiere un cronista:

«En una de las noches de la última semana, una banda de muchachos, vestidos de blusa, cantaba por las calles á voz en grito la *Marsellesa*».

Un transeunte se detuvo para preguntarles:

—¿Qué es lo que ha ocurrido para que canteis la *Marsellesa*?

—Nada,—respondió el que hacía de primer tenor.—Cantamos porque estamos mojados y tenemos frío, y la *Marsellesa* nos seca y nos calienta.

Partamos de aquí, y supongamos un invierno muy húmedo y muy frío. La *Marsellesa* no será probablemente suficiente para secar y calentar á ciertas clases, y buscarán probablemente un sistema de calefacción más eficaz.»

El cronista tiene razón. De la *Marsellesa* al petróleo no hay en Francia ni siquiera un paso.

Han concluido las ruidosas oposiciones para la provision de la cátedra vacante de *Historia crítica de la literatura española* en la Universidad de Madrid.

A la hora en que enviamos el original á la imprenta, aún no sabemos cuál ha sido la decisión del jurado. La fama extraordinaria de uno de los opositores ha llevado á estos ejercicios un público numeroso, hasta tal punto, que ha sido preciso celebrarlos en el gran salón del Paraninfo, que en algunos días fué sin embargo insuficiente para contener á la multitud que se agolpaba á las puertas.

En el número próximo, cuando conozcamos la decisión del tribunal, diremos probablemente algo de este asunto, que ha excitado vivamente el interés del público inteligente, y del cual no hemos querido hablar por razones fáciles de comprender.

Imp. de LA ILUSTRACION CATÓLICA, calle de la Villa, 4.

SECCION DE ANUNCIOS

GALERIA DRAMÁTICA INFANTIL

DEDICADA

á los Colegios y Sociedades recreativas,

DEL PRESBITERO

D. JOSÉ MARÍA LEON Y DOMINGUEZ,

Catedrático del Seminario Conciliar de Cádiz.

José en Egipto, 6 reales.—La Pastora Inmaculada, 4 rs.—La Adoración de los Pastores, 6 rs.—La Resurrección de los Justos, 3 reales.—El Seise Mártir de Zaragoza, 4 rs.—La Reconquista de Cádiz, 8 rs.—La Adoración de los Reyes, 6 rs.—Los Mártires Patronos de Cádiz, 6 rs.—Santa Eulalia de Barcelona, La Corona de San Luis Gonzaga y Estér (un cuaderno), 8 rs.—El Ángel de Puigcerdá, 5 rs.—La Virgen de Nicomedia, 4 rs.—Constantino 6 rs.—Covadonga, 4 rs.—Dimas, ó la huida á Egipto, 4 rs.—Justicia del Cielo, 4 rs.—Venganza de buena ley, 4 rs.—El andaluz más témpao, pieza chitosa para fin de fiesta, 4 rs.—El Plan-Puding á la inglesa, La Medicina Infalible y El regalo de Filipinas, sainete, 8 rs.

Obras religiosas y morales.—Leyendas históricas y morales, dos tomos, 20 rs.—Páginas de hogar, leyendas, cuentos, fábulas y tradiciones (con grabados), 4 rs.

Todas estas obras se hallan de venta en Madrid: Olamendi, Paz, 6; Perdiguerro, San Martín, 3; viuda de Aguado, Poncejos, 8, ó dirigiéndose al autor, Cádiz, San Juan, 40.

LA ILUSTRACION CATÓLICA

se publica desde el 1.º de Julio en papel superior, con tipos nuevos y elegantes, y consta de OCHO PAGINAS, conteniendo VEINTICUATRO GRANDES COLUMNAS DE TEXTO, perfectamente impresas, é intercaladas con magníficos grabados, representando, ora los principales acontecimientos de actualidad que ocurren en el mundo católico, ora retratos de los personajes más importantes en la Iglesia, en las Ciencias, en la Literatura y en las Artes, ora copias de los mejores cuadros y esculturas de nuestros Museos y Templos.

Salé á luz, con la puntualidad que tenemos acreditada, los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes, sin embargo de dar suplementos cuando los acontecimientos ó la aglomeración de asuntos de importancia lo requieran, ampliando el texto ó los grabados.

A pesar de los excesivos gastos que la importancia de las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole, que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan sin sacrificios poseer esta elegante Revista, como puede observarse en los precios de suscripción que insertamos á la cabeza del periódico.

Los Sres. Suscritores á los diarios *La Fè* y *El Siglo Futuro*, seguirán disfrutando de la rebaja de dos reales en el importe de sus abonos por trimestre y semestre, y de cuatro reales por año; pero han de hacer el pago directamente en nuestra Administración.

Las suscripciones se pagarán adelantadas.

PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACION CATÓLICA, calle de la Villa, núm. 4, en las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro, ó bien en los Bonos del Timbre, que para la suscripción de los periódicos se hallan de venta en todos los estancos de la Península. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

FILIPINAS.—D. Gervasio Memije, imprenta del Real Colegio de Santo Tomás, en Manila.

BUENOS AIRES.—D. Manuel René, calle del Perú, núm. 42.

La correspondencia y reclamaciones se dirigirán al Administrador de LA ILUSTRACION CATÓLICA, calle de la Villa, núm. 4, Madrid.

ALBUM-ALMANAQUE

DE LOS PAPAS

PARA 1879

Este Almanaque ha de contener, además del Santoral y otras materias interesantes; *El Mapa de todos los Papas que ha habido desde San Pedro hasta León XIII*, en fotografía. *El Mapa de todos los Reyes que ha tenido España desde Ataulfo hasta D. Alfonso XII*, también en fotografía. Por manera, que este Almanaque será el único en su clase, y cuyo precio en venta será 12 reales.

A todos los que nuevamente pidan los cuadros de los retratos de Su Santidad Pío IX y León XIII, abonando 10 rs. se les dará gratis este Almanaque, que verá la luz pública en el próximo mes de Noviembre, con la lista de todos los suscritores.

Se admiten anuncios para este Almanaque á los precios siguientes:

Una plana, 110 rs.; media, 60; cuarto de plana, 40 rs.

Las suscripciones y anuncios, á D. José Morales, calle de la Esgrima, núm. 11 pral.

CROMOS

Retrato en gran tamaño de Su Santidad León XIII. Se vende en esta administración al precio de 6 reales ejemplar.